

## **Domingo de Ramos (Santa Misa)**

### **Bendición de Palmas y palabras del Cardenal Carlos Castillo**

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

El Señor va adelante de sus discípulos, camino a Jerusalén. Y, si va adelante, es porque tiene una misión: mostrar el rostro de Dios que es amor y que es fuerza inagotable para todos los pueblos. Es verdad que Él es rey y gobierna, pero es un rey que gobierna desde el corazón de las personas, desde el corazón de las sociedades, desde nuestra humanidad. Y, por lo tanto, es el fundamento de cualquier reino y, por eso, debe tener un lugar especial. No puede hacerse de los gobiernos de este mundo, sino de inspirar formas de gobernar solidarias, capaces de compadecerse de los problemas de la gente. Y, como vamos a ver, los discípulos todavía están un poco distraídos, están pensando, inclusive, que debe ser un rey revolucionario que tome el poder.

Por eso, vamos a ver, en la lectura que hagamos ahora del Evangelio, cómo los discípulos habían comprado espadas y estaban armados pensando que el Señor haría una revolución. La única revolución que hizo fue llamarnos la atención de que hemos sido hechos para amar, y queremos aprender a ser hermanos los unos de los otros. Él se presenta como nuestro hermano que, anunciando eso con coraje, con valentía, pero, también, con dulzura y con cariño por la gente,

entiende y comprende que la gente tiene necesidad de cambios verdaderos.

Este rey se sube en un burrito, no en un caballo (como los grandes de este mundo). Y ese burrito sirve como signo para convertir el corazón de las personas y de las sociedades. El corazón de las sociedades son las costumbres. También las malas costumbres, las costumbres de pelearse, de chinear, cholear, negrear, de despreciar a las personas. Nosotros tenemos que cambiar el corazón del Perú para que sea el corazón de Jesús, que sabe tratar con respeto y dignidad, con reconocimiento de los valores de cada uno de nosotros.

Gracias a Dios mismo Padre que envió a Jesús, instaló, en el corazón de todos, una manera de vivir la fe cristiana que tiene su propia autonomía y que es profética para recordar siempre, con la Palabra, la esperanza de que, si cambiamos humanamente, mejoran las cosas. Estamos empezando esta Semana Santa en medio de la violencia que han instalado un conjunto de mafias contra la vida de los peruanos. Y dentro de esas hay complicidades de muchos sectores que los protegen con leyes y que no permiten que vivamos en paz.

Todos estamos conscientes de que necesitamos que se supere este tiempo de violencia, como se superó en la época del terrorismo cuando peruanos inteligentes, sencillos, trabajadores, constantes, pacientes, pero muy inteligentes, pudieron investigar las cosas y solucionar el problema gracias a una profunda investigación. Tenemos la tarea de tomarnos las cosas con seriedad, y todos los peruanos tenemos que organizarnos como quiso Jesús de su pueblo, lo que pasa es

que una cosa es la organización política y otra la organización de la sociedad, el hermanamiento de todos.

Jesús apunta que nos hermanemos para que después encontremos soluciones políticas. Pero, lo más importante, es que tengamos en cuenta que, sin la hermandad de nuestro pueblo, sin el encuentro solidario entre todos nosotros, entonces, evadimos lo humano, no lo asumimos y, entonces, todo sigue igual.

Hoy día, especialmente, nos unimos al Santo Padre Francisco que, mejorando poquito a poco, se une a toda la humanidad en esta tarea porque sabe que sufrimos en el mundo un asedio enorme de la violencia, del desprecio, del maltrato y de las ambiciones que llevan a la guerra. Todos nosotros queremos la paz, y queremos paz en nuestra casa, con nuestra gente. Vamos a unirnos a todos los que sufren, a todas las víctimas de todos los maltratos que estamos sufriendo; y vamos a humanizar nuestras relaciones lo mejor posible.

Jesús, nos anunció en esta Semana Santa, que su Reino no es de este mundo, pero sí ese Reino incide en este mundo porque es un Reino de amor, de la justicia y de la paz. Por eso, todos, como cristianos conscientes, vamos a unirnos en la oración para pedirle que fortalezca nuestra imaginación, nuestra capacidad de ser hermanos y la inteligencia que debemos tener para neutralizar cualquier cosa violenta que continúe en nuestro país.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que ahora que acompañamos a Jesús como Rey, recordemos el

tipo de Rey que es Jesús, siempre: el Rey pequeño, servicial, amigo, capaz de suscitar y resucitar la vida del mundo. Y eso le pedimos rezando también por todas las víctimas de nuestros muertos que, en los últimos tiempos, han sufrido la violencia de tantas familias, de tantos hermanos que nos daban alegría y que nos han puesto en la tristeza.

Que esta semana sea para recuperar la alegría por medio de la esperanza resucitadora. Amén.

## **Homilía**

(Transcripción)

Desde hace más de veinte siglos, hermanos y hermanas, nos reunimos en esta semana para profundizar en el acontecimiento que, siendo tan tremendo en un lugar pequeñito de la historia humana, de la geografía del mundo, es tan hondo lo que ocurre con Jesús que, hoy día, lo seguimos recordando y seguimos renovando nuestras vidas a partir de este acontecimiento que acabamos de escuchar en la lectura (Lc 22,14–23,56).

Jesús, inocente, que viene de parte de Dios, a anunciar que en el mundo podemos vivir a Dios, viviendo su Reino de amor, de justicia, de paz, es confundido permanentemente con alguien que pretende una cosa vana que ocurre en las sociedades: el poder, la fuerza y la fama de los grandes de este mundo que sólo se sirven de la gente y no sirven a la gente. Jesús vino para que corriyéramos eso en la

humanidad, pero no tomando el poder ni haciéndose un rey católico, ni un presidente católico, ni un candidato católico, sino para ser el signo humano transparente de lo que el Padre Dios quiso hacer con todos los humanos, seres amados y amantes, seres amados infinitamente como hijos y hermanos de los demás para servir y ayudarse.

Esa predicación, desde hace más de veinte siglos en la humanidad, inauguró una nueva época de todas las religiones del mundo, porque todas las religiones del mundo estaban organizadas de tal manera que éramos los humanos que nos dirigíamos a Dios con ciertas súplicas para que no nos hiciera daño (porque se pensaba que Dios era bueno, pero también castigaba. Y, en cierto modo, era un poco malo).

Eso lo esclareció Jesús: Dios es amor y sólo es amor porque es nuestro Padre. Eso lo trajo con claridad Jesús con su vida, no solamente anunciándolo como una profecía, porque el concepto de Padre ya estaba presente en el pasado; pero Él lo realizó con nosotros y se comportó como Hijo, como Hijo fiel que, a través de su acto de inmolación, de anonadamiento, nos transmitió la capacidad de ser hijos y aprender a ser hermanos.

Demora mucho, ¿no? Más de veinte siglos y, sin embargo, todavía no entendemos que la fe cristiana no es simplemente una religión cualquiera; es la revelación de Dios mismo que nos transmite su divinidad a través de su amor. Y lo único que tenemos que hacer es contemplarlo como lo acabamos de hacer en esta lectura, escucharlo, acogerlo y aprender de Él por medio de su Espíritu, dejándonos guiar por Él. Ya no tenemos que estar todo el santo día diciendo: “no hago esto

porque Dios me va a castigar”, y estamos todo el santo día huyendo de Dios.

El Señor nos ama, es nuestro Padre. Si nos portamos mal, Él sigue amándonos y quiere meterse más en nosotros para ayudarnos a aprender a amar. Y eso tenemos que saberlo bien porque, cuando iniciamos una serie de prácticas que no nos permiten comprender que somos amados, empezamos a construir nuestra imagen de Dios, lo que le debería gustar según nosotros. Y le hacemos una serie de quecos y una serie de cosas que Dios no ha pedido.

Es cierto que como humanos todos queremos regalarle algo al Señor, eso está bien; pero lo que más importa es aprender de Él, dejarse amar por el Señor. Y el Señor aquí está mostrando que, ante todo y sobre todo, Él obedece al Padre y se da humildemente a nosotros. Y a ese le llamamos “Rey”, que, evidentemente, no es como los de este mundo. Es un Rey servidor que siempre está a nuestro lado, que nos alienta, nos acompaña y nos da fuerzas. A través de eso se transparenta también, en nosotros, nuestro “ser pecadores”. Pero ¿a quién amó más Dios? A los pobres y a los pecadores.

Muchas veces, los católicos a los pecadores los consideramos una “chusma” y los botamos. “Ah no, aquí solo vienen los santos”, piensan. Pero ¿quién puede decir que es santo? Ninguno de nosotros. Pero, a veces, lo hacemos, despreciamos a las personas porque no cumplen ciertas normas o cosas. Por esa razón, es cierto que hoy día tenemos mucha maldad y todas esas personas que son delincuentes, inclusive organizados, o gobernantes indiferentes o autoridades que no se preocupan de su pueblo

y lo dejan morir, son personas que están mal, están equivocadas. Pero a ellas también las ama el Señor y quiere entrar y no puede porque se niegan. ¿Cuál es nuestra tarea? Convencerlos de que el Señor está a su lado y que pueden cambiar. El Señor quiere que todos aprendamos a amar, y uno de los problemas más grandes es que esas personas muchas veces se llaman católicas, pero han construido su catolicismo al punto de que, cuando hacen mal, ellos creen que hacen bien.

Tenemos que cambiar esa mentalidad: ser católico es obedecer la voluntad de Dios, que es hacer la justicia. Qué bonito que, al final, el centurión dice: “*Verdaderamente, este hombre era el justo*”, porque no se trata solamente de ser santo como cristiano, que es una cosa importante, pero no santo como separado del mundo, sino haciendo y viviendo la justicia como Jesús.

Hoy día empezamos esta Semana Santa, entonces, para aprender cómo es Jesús. Y hay tres frases que se dicen primero por las autoridades, luego por los soldados y también por una muchedumbre convencida por esos sacerdotes y esta gente.

¿Qué pensaba este mundo sobre un rey verdadero? Un rey verdadero es un rey que se salvaba a sí mismo. “Sálvate a ti mismo para que creamos”, piensan. Esto es terrible. Estas palabras son dichas por tres de los sectores más fuertes que están presentes en toda esta situación terrible que vive Jesús. Significa que el problema número uno del ser humano es el no ver a los demás, el no ver el bien de todos, el

encerrarse en su bien propio, en su agenda propia. Ese es uno de los grandes problemas que tenemos que resolver.

Los humanos y, especialmente, los peruanos no podemos tener agendas propias que vayan contra el bien común. No podemos tener nuestro “tapadito” para esconder nuestra ambición que, finalmente, apunta a destruirnos a todos. Todos tenemos una agenda común: construir la paz, la amistad, el hermanamiento, la justicia, especialmente, para quienes más sufren; especialmente, los sectores más pobres de nuestro país, los sectores que son víctimas de la violencia. Y, por eso, en primer lugar, hemos de vivir una vida que tenga compasión, que tenga humanidad, que tenga sensibilidad por el Otro.

El Señor nos enseña la sensibilidad, nos enseña esa experiencia de ser hijo que tiene capacidad de irradiar amor en todo. Y eso el Señor nos ha marcado durante siglos también a nosotros, y eso lo podemos ir haciendo juntos. Pero sepamos que lo más importante no es mi agenda propia, sino la agenda de todos, es decir, que todos seamos hermanos.

Les quisiera decir a todos los que somos católicos que una de las agendas propias que tenemos es: “yo salvo mi alma, me salvo a mí mismo”. Mucho cuidado, porque se trata de salvarnos en esta tierra amando, y el Señor ya nos dará a nuestra alma y a nuestro cuerpo resucitado en el futuro, la acogida en su Reino. Pero, si empezamos a pensar en forma individualista, hay un espiritualismo individualista que no quiere la salvación de todos, sino solamente la suya.



La vez pasada conversábamos en una de las parroquias en donde la gente se reunía a rezar en comunidad. Y resulta que, cuando pregunto si se conocen entre ellas, nunca habían hablado de sus vidas. Entonces ¿para qué está la iglesia? ¿Para que le recemos a la virgen y que ella se encargue de todo y nosotros no hacemos nada? A eso lleva un espiritualismo que no es sano.

Si yo pienso solamente en salvarme a mí y mi alma, rezo y, entonces, ya mi alma empieza a ir al cielo y ya tiene asegurada la salvación, como si se tratase de un acuerdo con una compañía de seguros. Pero, en concreto ¿miro a los ojos a los demás? ¿comparto con ellos sus problemas? Porque, cuando se forma una comunidad en donde todos empezamos a conocernos y hablar de nosotros, a participar, mas allá de nosotros, hacemos lo que hacía Jesús con sus discípulos: los conocía bien porque había caminado con ellos y con tantos otros que escuchaba, comprendía y atendía en el camino.

Y, ¿qué pasa? El pobre Pedro cree que va a salvar al Señor, pero, después, lo niega tres veces. Inclusive, le dice: *“No sé de qué me hablas”*, mientras lo negaba. El Señor, que lo conocía bien, voltea y mira a Pedro. En este texto de Lucas lo que más importa es la misericordia con la cual siempre nos trata el Señor para que podamos entrar en nosotros mismos y recapacitar. Es una pedagogía para salir del “yo me salvo a mí mismo”, “yo me salvo haciendo ciertas jaculatorias”, “golpeándome el pecho, flagelándome”. A veces, se piensa que haciendo eso se arreglan los problemas.

Me salvo amando, compartiendo. ¿Y cómo amo? Como el Señor que vive en mí, que comulgo y que asumo todos los

días, me va guiando con su Espíritu a abrirme al Otro, a compartir, a conocer a los demás.

Cuando hay comunidades cristianas que no solamente son para rezar a la Virgen, sino que, además, conversan de sus cosas, leen el Evangelio y aprenden a amarse. No solamente se queda en la comunidad, se va a hacer misión, se busca a otras personas para ayudar. Yo quiero agradecerles porque, en estos años, ha aumentado la capacidad de servir y de ayudar en todos nosotros. Y Lima es sumamente más solidaria y caritativa, cada día más.

Por eso, en esta Semana Santa, hemos pedido a todos también que, como resultado generado por la Semana Santa, tengamos también la ayuda a nuestras hermanas de las ollas comunes, porque todavía hay hambre en la ciudad y mucho más ahora que tenemos tantos problemas porque hay negocios que tienen que cerrar por el miedo a ser asesinado.

Hermanos y hermanas, que esta Semana Santa permita que, caminando con Jesús, entremos en lo más profundo. Y esta tarde vamos a acompañar a María rezando el Santo Rosario a las cinco de la tarde en la Plaza de Armas para que, junto a María, aprendamos a ser discípulos y discípulas como ella es. Seguidora hasta el final del Señor, con el Señor también que impertérrito, va cumpliendo la voluntad del Padre. Seguramente que el Padre no quería que su Hijo muriera, pero, en ciertas condiciones, ante la adversidad, es preciso inclusive dar la vida para dejar una enseña, la bandera de la Cruz, para que sepamos todos ir adelante.

Y tenemos la maravilla de que nuestro pueblo sube a la Cruz en cada Semana Santa, sube al Cerro San Cristóbal. El Señor es el camino, la verdad y la vida. Y ahí lo encontraremos todos los peruanos porque, de la fuerza que nos da la Cruz, recuperaremos todas nuestras relaciones y aprenderemos a apreciarnos y a vivir una vida mejor y más linda como la quiere Dios.

Buena Semana Santa para todos.

Amén